

RAÚL SILVA CASTRO

BLEST GANA Y SU NOVELA *LA ARITMETICA EN EL AMOR*

EN EL CURSO de 1960 celebra la República de Chile el Sesquicentenario de la constitución de la Junta de Gobierno que desde el 18 de septiembre de 1810 encaró el problema de manejar los negocios del país en reemplazo de las instituciones metropolitanas que hasta entonces habían imperado. Y es 1960 también el año de un centenario muy grato a los escritores. En 1860 fue convocado a certamen el gremio literario, por la Universidad de Chile, para premiar una narración novelesca, y en este certamen resultó premiada una novela de Alberto Blest Gana, *La aritmética en el amor*, que no era la primera de su pluma ni fue, afortunadamente, la última. Blest Gana contaba en esa fecha con treinta años, y en los años inmediatamente anteriores se había dado a conocer del público lector por algunas series de artículos de costumbres y por varias novelas breves. Era un literato que prometía, y en corto tiempo había conquistado admiradores con el gracejo de sus trabajos, entre los cuales se contaban, como es frecuente en los escritores noveles, páginas tanto de prosa como de verso. Pero la historia, que registra algunas estrofas que llevan su nombre, nos cuenta, asimismo, que optó por la prosa y quiso ser novelista de la sociedad chilena dentro de la cual había nacido.

¿Influyó el triunfo logrado en el certamen de 1860 para confirmar a Blest Gana en su decisión de ser novelista? Hay motivos para creer que sí, ya que, como se verá por los documentos que siguen, Blest Gana recibió reiteradas muestras de adhesión y de simpatía con ocasión de *La aritmética en el amor*.

I

El Certamen en el seno de la Facultad

La idea de abrir certamen para premiar una novela fue tratada en el seno de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad

de Chile, en fecha tan remota como el 25 de julio de 1859. Asistieron a la reunión el Rector de la Universidad, don Andrés Bello, el decano de la Facultad, don Salvador Sanfuentes, y los señores don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, don Máximo Argüelles, don Joaquín Blest Gana, don Enrique Cood, don Justo Florián Lobeck, don Pío Varas Marín, don Francisco Vargas Fontecilla y don Ramón Briseño, secretario de la Facultad.

El acta de la sesión dice, en la parte pertinente:

En seguida se pasó a discutir el asunto que debería designarse para el certamen literario de 1860. Después de una detenida deliberación sobre el particular (durante la cual unos opinaban por que se señalara, como de costumbre, algún punto de la historia nacional, sobre el cual no se hubiese escrito todavía, y otros, combatiendo esta idea con la necesidad de reservar para la Memoria histórica anual esos pocos asuntos de nuestra historia que aún quedaban sin tratarse, indicaban como materia del premio, o bien biografías de algunos personajes chilenos, o bien apreciaciones histórico-críticas de nuestra literatura o de nuestra prensa y también romances y novelas en prosa o verso sobre asuntos chilenos); se concluyó por acordar, por unanimidad de sufragios, el siguiente tema: "Una novela en prosa, histórica o de costumbres al arbitrio del autor, pero cuyo asunto sea precisamente chileno".

Según parece, el original de *La aritmética en el amor* no estaba terminado cuando quedó extinguido el plazo que se había fijado para la recepción de los trabajos, y se llegó al extremo de tener que fijar el nuevo tema para el certamen del siguiente año, esto es, de 1861. De todo esto se da cuenta en la sesión de 27 de julio de 1860, que en la parte que nos interesa se resume como sigue en el acta respectiva:

Pasóse a tratar del tema que debía señalarse para el concurso literario de 1861. El señor Vargas Fontecilla opinó por que subsistiera el mismo que había para el presente año, a saber: "Una novela histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto sea precisamente chileno", en razón de su importancia y de no haberse hasta ahora presentado trabajo alguno sobre este tema. El señor Blest Gana hizo presente que él sabía de un trabajo sobre esta materia, que ya estaba concluido y sacándose en limpio, y que en pocos días más sería presentado para optar al premio. A consecuencia de esta exposición se acordó postergar hasta la sesión del 29 del entrante agosto, la designación del tema para el certamen del año 61.

Todo hace sentir que el trabajo a que se refería don Joaquín Blest Gana era el que estaba concluyendo su hermano, y que conocido por éste lo tratado en aquella sesión, se apresuró a poner en limpio su manuscrito. En la sesión de 14 de agosto de 1860 se volvió a tratar el negocio en los siguientes términos:

Por último, el señor vicedecano dijo que, habiéndose presentado un trabajo para optar al premio del certamen de la Facultad en el presente año, tenía a bien nombrar para que formaran la comisión examinadora que debía informar sobre ese trabajo, a los señores don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui; y con esto se levantó la sesión.

La comisión mencionada presentó su informe y de él se dio cuenta en la sesión de 6 de noviembre de 1860. El acta de ésta, en la parte correspondiente, dice así:

En fin, para proceder a tratar del asunto principal de la sesión, se leyó el informe de la comisión encargada de juzgar los trabajos presentados al certamen del presente año, compuesta de don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui. Concluida la lectura, el señor decano preguntó si alguno de los miembros tenía algo que observar acerca de los conceptos emitidos en el informe; y habiéndosele contestado que, lejos de eso, el expresado informe parecía a todos muy satisfactorio, se procedió a tomar las consiguientes votaciones. De ellas resultó, por unanimidad de sufragio: 1º Que la Facultad aprobaba el informe, y que fuese pasado al Consejo; 2º Que, por consecuencia, adjudicaba el premio de la ley al autor del trabajo que lleva por título *Aritmética en el amor*, y 3º Que se recomendará al Consejo este trabajo como muy digno de que se publique.

II

El informe de la comisión

Tal como ha quedado dicho en las líneas anteriores, la Facultad aceptó premiar a Blest Gana por *La aritmética en el amor*, en atención al informe de una comisión de individuos de su seno que designó especialmente para que informara sobre la calidad de los trabajos presentados al certamen. Miguel Luis Amunátegui y José Victorino Lastarria componían esta comisión, y según parece fue el segundo quien tomó a su cargo la tarea de dar forma escrita al parecer de ambos jueces. Decimos esto, porque el informe fue publicado por Lastarria como obra suya en vida de Amunátegui, sin que éste intentara reivindicar su paternidad. Sea como fuere, el informe quedó firmado por ambos escritores, cual puede verse en su texto:

Señores miembros de la Facultad de Filosofía y Humanidades:

Hasta 1859, esta Facultad había designado para los certámenes anuales dos temas sobre educación pública, seis sobre crítica literaria y ocho sobre historia nacional; y había habido concurrentes para uno de los certámenes sobre educación pública, para uno de los concernientes a la crítica literaria y para cuatro de los que se referían a historia nacional. La Facultad no había juzgado digna de premio la memoria sobre educación pública; pero había

declarado que los temas propuestos estaban bien desempeñados en los cinco casos, siendo de notarse que en uno de ellos se habían presentado dos trabajos.

Sólo en el año de 1847 había señalado por tema: "Una composición literaria, en prosa o verso, que tuviese por asunto un suceso o época de la historia nacional"; pero el que había concurrido era, no un poeta, sino un escritor político, y la obra premiada había sido, no un poema o una oda, sino un *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la revolución, desde 1810 hasta 1814*¹.

La naturaleza de los temas mencionados está manifestando que la Facultad había tenido hasta entonces casi exclusivamente por objeto fomentar la composición de obras en que se ejercitara el raciocinio; y la de aquellos temas, entre los propuestos, que lograron despertar la atención de las personas dedicadas al cultivo de las letras en nuestra reducida sociedad literaria, está probando del mismo modo lo inclinado de los chilenos, positivos y prácticos por índole, a las producciones que se llaman serias.

Mas, como el hombre es no sólo razón sino también imaginación, habría sido injusto y perjudicial dejar sin estímulo a los ingenios inventivos que con sus ficciones saben transportarnos a un mundo fantástico, haciéndonos olvidar, como el opio a los orientales, aun cuando no sea más que por horas, las fatigas, los sinsabores, las mil molestias físicas y morales de la vida ordinaria.

Esta consideración fue la que movió al ilustre literato, tan prematuramente, arrebatado por la muerte a la Universidad y a la Patria, y tan profundamente sentido, que presidía pocos meses ha todavía nuestra Facultad², a influir a fin que se propusiera por tema para el certamen de 1860: "una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese, precisamente, chileno".

Semejante tema estaba perfectamente calculado, no sólo para indicar a los autores de obras amenas, ya fuesen en verso, o ya fuesen en prosa, que la Facultad las apreciaba como es debido, sino también para llenar una necesidad real e inmediata. En efecto, la novela pedida, o debía evocar un suceso histórico, o presentar un cuadro de costumbres de los tiempos pasados, o pintar en uno o varios de sus aspectos la actual sociedad chilena. Cualquiera de estas tres materias que escogieran los concurrentes al certamen, siempre que fuese regularmente tratada, tenía una utilidad innegable.

Las reglas rigurosas a que está sometida la composición histórica hacen dificultosísimo, por no decir imposible, que el historiador pueda entrar en esos pormenores familiares y minuciosos, y usar esas formas vivas y dramáticas, que resucitan como con una varilla mágica, en carne y hueso, ante los ojos de los lectores, a los muertos, célebres por sus virtudes o sus crímenes, por los servicios que han prestado o los males que han causado. Lo que es prohibido a la historia es permitido a la novela, que está llamada a popularizar, mediante el atractivo de sus escenas coloridas y animadas, las lecciones de su sabia y severa hermana mayor. En Chile, la historia nacional ha sido muy bien cultivada; pero la novela histórica aguarda todavía su Walter Scott.

Sólo con el auxilio de un poema o de una novela concebimos que pueda ofrecerse un cuadro expresivo de la manera de vivir de los habitantes más o

¹Obra de Lastarria. N. del E.

²Don Salvador Sanfuentes, fallecido en 1860. N. del E.

menos antiguos de un país. Hasta ahora *El Campanario*, de don Salvador Sanfuentes, es la obra que mejor hace comprender lo que era la existencia doméstica y ordinaria de los chilenos en la época colonial.

Del mismo modo, un poema o una novela es el mejor medio de presentar una pintura más o menos completa de una sociedad contemporánea.

Las composiciones de cualquiera de las tres especies mencionadas (se entiende, regularmente desenvueltas) son tan útiles como difíciles de desempeñar. Pero, si atendemos a las circunstancias especiales en que nos hallamos, creemos que la ejecución de las que pertenecen a la tercera clase ofrece un inconveniente peculiar que aumenta el mérito de los que logran salir airosos en el propósito de escribirlas.

La sociedad chilena es todavía muy poco complicada. Los habitantes visibles de cada una de nuestras ciudades, incluso Santiago, la gran capital de cien mil almas, se conocen personalmente unos a otros; pueden, sin hacer ostentación de buena memoria, enumerar por orden las familias que ocupan cada una de las casas de las calles principales; excepto tres o cuatro misántropos, los demás, aun los menos curiosos, están al cabo de la vida y milagros de sus vecinos.

Siendo esto así, ¡cuántas dificultades tiene que superar un novelista que quiere emplear un argumento contemporáneo! O causa escándalos como los de la antigua comedia griega, que sacaba a las tablas, no sólo con pelos y señales, sino con sus propios nombres, a personajes reales y efectivos, conocidos de todos; o se expone a ser sorprendido en flagrante mentira, suponiendo la existencia de individuos y de hechos que nadie podrá formarse la ilusión de que son verdaderos. Si pretende acercarse demasiado a la realidad de las cosas, corre riesgo de hacer un pasquín; si se empeña en separarse de ella, es probable que su obra contenga un cuento tan inverosímil como si fuera de las Mil y una noches. Evitar ese Scila y ese Caribdis para tomar un justo medio, es una empresa a que no serán muchos los que den cima.

Sin embargo, las tres obras, *El jugador*, *Judith* y *La aritmética en el amor*, presentadas al certamen, tratan de sucesos contemporáneos.

Habiendo acordado la Facultad y el Consejo que no consideremos la primera de las tres obras enumeradas, *El jugador*, a causa de haber transcurrido con exceso la prórroga concedida a su autor para entregar la conclusión de dicha novela, pasamos a exponer las observaciones que nos ha sugerido la lectura de las otras dos.

El autor de *Judith* nos ha hecho saber, aunque ha guardado rigurosamente el anónimo, que esta novela es su primer ensayo literario, y, por lo tanto, puede reclamar con mucha justicia, indulgencia y estímulo. Pero, si él tiene derecho de pedir que no se le exija la perfección de un escritor experimentado, nosotros nos encontramos en el deber de ser severos, muy severos, porque el mérito notable de *Judith* hace concebir esperanzas fundadas de que la misma pluma producirá futuras composiciones más irreprochables y acabadas; porque el talento que manifiesta su autor es de aquellos a los cuales aprovecha la franqueza de Aristarco y no conviene la necia contemplación de la admiración vulgar. Las inteligencias comunes y mediocres que no tienen confianza en sí mismas, buscan los aplausos, sean cuales fueren; las inteligencias elevadas a quienes no asusta la crítica, porque saben que pueden satisfacer todas las exigencias de ésta, buscan, ante todo, la verdad. En las obras de los talentos adocenados se notan las bellezas por lo inesperadas; en las

obras de los talentos superiores llaman particularmente la atención los defectos, porque pueden y deben ser corregidos.

El objeto de la novela *Judith* es la pintura de una joven de dieciséis años, bella de cuerpo y de alma, que por desgracia se ha casado con un hombre vulgar, incapaz de tratarla como era debido, y destinado a verse abrumado por la superioridad intelectual de su esposa. Todo el argumento de la obra, que es sumamente sencillo y poco desenvuelto, se reduce a presentar el triste cuadro de los disgustos que ocasiona a una mujer el enlace con un marido a quien, por más que ella se empeña, no puede ni amar ni respetar.

Desde luego, se advierte que la materia escogida por el autor de *Judith* es la misma que han expuesto, en una innumerable variedad de formas y con un brillo deslumbrador y una riqueza de fantasía portentosa, algunos de los ingenios más sobresalientes de Francia. Nuestro joven novelista provoca, pues, sin quererlo, una comparación que había de serle más desfavorable.

En seguida, la novela *Judith* no ha llenado el objeto que la Facultad se propuso al designar el tema del presente concurso. La fábula de esta composición se halla muy lejos de ser esencialmente chilena. La ficción que la expresada obra nos refiere, ha podido verificarse tanto en Alemania o Italia, como en el Perú o Chile. Es cierto que el autor, para dar colorido local a su libro, ha hermoñado su narración con descripciones bastante exactas de una trilla, de lo que era en otro tiempo la fiesta de los difuntos en el cementerio de Santiago, del paisaje pintoresco de Peñalolén, del puerto de Valparaíso visto desde el mar, del puerto de Constitución, etc.; pero esas narraciones superpuestas a la narración y fáciles de ser cambiadas sin inconveniente por otras relativas a países distintos del nuestro, no constituyen lo que se llama una novela de costumbres chilenas. La Facultad ha pedido a los concurrentes al certamen de 1860 una obra que presentara un cuadro animado de algo nuevo de la historia nacional, o una pintura fiel de nuestra vida social, pasada o presente. El autor de *Judith* se ha propuesto ofrecer a sus lectores la relación conmovedora de los sufrimientos de una joven hermosa, inteligente y buena, que se hallaba ligada a un marido indigno de ella, lo que lo ha conducido a inventar una ficción que puede ser cuanto se quiera, pero que no es característica de la sociedad chilena.

A los defectos señalados, el argumento de *Judith* agrega otro que aunque menos grave, nos parece que debió también ser evitado. El resumen de la materia desenvuelta en esta obra podía tal vez hacer creer a las personas demasiado rígidas y timoratas, que su contenido es análogo al de ciertas novelas europeas que por un singular sofisma tienden a demostrar que una vida de extravíos es preferible al matrimonio, y que es permitido anteponer la pasión al deber. Los que tal cosa pensaran sufrirían una grandísima equivocación. El autor de *Judith* ha evitado cuidadosamente cuanto pudiera hacerle aparecer como sostenedor de doctrinas tan perniciosas y con tanta razón vituperadas. Su heroína sale pura e inmaculada de las circunstancias bastante difíciles en que se ve colocada. Pero no puede negarse que su libro, por tener una analogía, aunque remotísima, con las novelas a que hemos aludido, puede despertar desconfianzas en los individuos que sólo examinan superficialmente las obras literarias. Y esto, a nuestro juicio, es un defecto; porque debe mirarse como una falta el exponerse a correr el riesgo de ser confundido, aunque sea sólo por apariencias lejanas, con aquellas composiciones que no gozan del concepto público.

Habríamos deseado que el autor de *Judith*, diestro como es, según lo ha demostrado con hechos, en pintar caracteres y figurar escenas, hubiera ejercitado su pluma en entretener a sus lectores con argumentos de la vida de familia, que contribuyeran a hacer desaparecer esa reprobación demasiado general que algunos han lanzado contra la novela, género literario de que puede abusarse, como puede abusarse de la historia, de la poesía y de todas las producciones del espíritu humano, pero que está muy distante de llevar en sí algo que lo fuerce a ser, precisamente, inmoral.

No perderemos esta oportunidad para llamar la atención sobre lo ventajoso que sería que los novelistas nacionales se fijaran sólo en argumentos que quitaran todo recelo aun a las personas más recatadas, tanto para destruir la preocupación injusta que existe contra una clase de composiciones destinadas a fomentar la afición a la lectura, y a proporcionar un entretenimiento honesto y agradable, como por hacerlas servir a la propagación de las ideas sanas y vigorosas, que convienen a las sociedades nuevas, cuales son las hispanoamericanas. Para eso es preciso que los novelistas procuren formar buenas madres de familia y no mujeres afectadamente sentimentales; buenos ciudadanos, y no individuos inútiles que por moda aparentan disgusto de la vida. Hagamos votos porque vengan cuanto antes de Europa numerosos emigrados a poblar y cultivar los fértiles campos del nuevo mundo, tan extensos como desiertos; pero roguemos al cielo que no vengan entre ellos ni Lelias ni Wertheres.

Si, como nos lisonjamos en esperarlo, el autor de *Judith* no se conforma con permanecer ocioso por un largo tiempo, creemos que el mérito literario de sus futuras novelas se aumentaría mucho, con tal que procurase emplear mayor arte en la preparación de las situaciones, y no ser tan pródigo de personajes episódicos. El haberse casado Judith con Antonio espontáneamente, sin que hubiera un motivo bien serio que la forzase a ello, con disgusto, por lo menos, ya que no con oposición de sus padres, debilita el interés que debía inspirar cuando la inexorable experiencia le hace ver más tarde que se ha equivocado en la elección de un esposo. Las figuras del padre de Judith, don Pablo, y de su cuñado, don Graciano, están perfectamente trazadas, y producen la ilusión de haber sido hechas con modelos reales a la vista; pero tienen una intervención muy secundaria en la exposición, nudo y desenlace de los sucesos; la novela puede existir sin ellos.

Los versos de poetas españoles, franceses e ingleses, citados en sus idiomas originales, que sirven de tema en los capítulos, manifiestan que el autor de *Judith* está dotado no sólo de un ingenio feliz, sino también de una vasta instrucción.

Si la novela *Judith* es una esperanza en flor de lo que será un joven escritor que hace un buen estreno, la novela titulada *La aritmética en el amor* es un fruto sazonado de un escritor ya veterano, que presenta, no su primer ensayo literario, sino una obra bien meditada y bien ejecutada, que descubre una larga práctica en el difícil arte de escribir. El plan de esta segunda obra, que es bastante larga, contiene una acción principal y varias accesorias que sirven para complicar las situaciones y desenvolver los caracteres de los personajes, algunos de los cuales se hallan dibujados por mano de maestro.

El autor, con un arte admirable, ha sabido diversificar las escenas y alternar las unas con las otras, formando contrastes sorprendentes que avivan la curiosidad y despiertan el interés. Ya estamos en un baile; ya nos encontramos en medio de una familia afligida por las desgracias; ya presenciá-

las inquietudes febriles de los jugadores; ya tomamos conocimiento de los manejos pequeños e indignos de personas pobres que trabajan por asegurar la herencia de un pariente solterón rico; ya nos imponemos de los proyectos codiciosos de jóvenes débiles de carácter y faltos de principios, que consideran la riqueza el blanco de las aspiraciones del hombre en la tierra; ya lloramos con una bella y santa joven que se ve abandonada por su amante, y que busca consuelo en la oración. De la sociedad de Santiago, el autor nos lleva a la de provincia. Después de una escena triste que acongoja el corazón, viene una jocosa que nos obliga a reír. Todas las pasiones buenas y malas se mezclan y confunden exaltando a unos y envileciendo a otros.

El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído cosas análogas. Los personajes son chilenos, y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos. Los desenlaces de las diversas incidencias, excepto uno que otro, son naturales, completamente verosímiles.

Toda la novela *La aritmética en el amor* se halla animada por un gran número de cuadros de costumbres nacionales llenos de colorido y de verdad, y, ciertamente, nada inferiores a los tan justamente aplaudidos del Larra chileno, el espiritual Jotabeche. Citaremos para ejemplo, entre otros, el juego de la lotería, el convite al campo dado por Rocaleal, el recibimiento de un intendente de provincia, la comida y el baile dado en su obsequio, la procesión del Viernes Santo, etc.

No escasean tampoco las observaciones morales, bien hechas y exactas, que constituyen el gran provecho de la novela.

El autor de la novela *La aritmética en el amor*, ha escrito su obra, no para hacer pinturas literarias simplemente, sino para desenvolver un pensamiento. Lo que él ha querido reproducir y hacer odioso reproduciéndolo, es ese egoísmo desenfrenado que ahoga en tantas personas todo sentimiento honrado, que ofusca en ellas la voz de la conciencia, que justifica a sus ojos el empleo de toda especie de medios para llegar a la riqueza y al poder, que hace para ellas la pobreza más espantosa que el crimen y que la infamia, que convierte el cálculo aritmético en regla de la vida. Nos complacemos en decirlo: el autor ha conseguido plenamente su objeto; ha hecho resaltar la fealdad del egoísmo y la belleza de la virtud, haciendo pasar delante de sus lectores un cierto número de personajes que simbolizan la degradación o la elevación moral.

En la novela mencionada, como a menudo en la vida real, la virtud obtiene al fin, sin buscarlas, las ventajas materiales mismas que el egoísmo ha pretendido alcanzar inútilmente por medios ilícitos e indecorosos.

Pero aun cuando el autor hubiera creído conveniente rematar de ese modo su fábula por una ilación lógica y natural de los sucesos que refiere, el pensamiento moral que anima su obra habría siempre quedado perfectamente demostrado por la mera exposición de los hechos y el desenvolvimiento de los caracteres, convenciendo de que la virtud, cuando no conduce a la comodidad, lleva consigo misma el debido galardón; y la falta de hombría de bien, aun cuando proporcione la opulencia, encuentra en sí misma el debido castigo.

Esa impresión moral que el autor causa en sus lectores, de lo odioso del egoísmo y de lo admirable de la abnegación, es sin comparación más provechosa que el espectáculo dramático que nos da del triunfo de los buenos y del escarmiento de los malos.

Los individuos deben respetar la honradez, como las naciones la libertad, por ellas mismas, independientemente de todo lo demás.

“La libertad, decía el ilustre Tocqueville, a la larga proporciona siempre a los que saben conservarla, la abundancia, el bienestar y muchas veces la riqueza; pero hay épocas en que turba momentáneamente el uso de semejantes bienes... Los hombres que sólo la han buscado a causa de esos bienes, no la han conservado nunca largo tiempo. Lo que en todos los siglos le ha ligado tan fuertemente al corazón de ciertos hombres, son sus atractivos mismos, su encanto propio, independiente de sus beneficios; es el placer de poder hablar, obrar, respirar sin coacción, bajo la sola dirección de Dios y de las leyes. Quien busca en la libertad otra cosa que a ella misma, ha nacido para ser esclavo... ¿Qué falta a ése para ser libre? ¿Qué? El gusto de serlo. No me exijáis que analice ese gusto sublime, es preciso experimentarlo. Penetra por sí mismo en los grandes corazones que Dios ha preparado para recibirlo, los llena, los inflama. Debemos renunciar a hacerlo comprender a las almas vulgares que no lo han sentido nunca.”

Podemos aplicar a la honradez lo que Tocqueville ha dicho tan profundamente de la libertad. El deber ha de ser preferido al interés, no por cálculo de aritmética, como lo quería Franklin, sino por consideración a la ley moral, que premia a quienes la obedecen con la satisfacción de la conciencia, y castiga a quienes la infringen con el remordimiento, la inquietud del ánimo o el disgusto de sí mismos.

El argumento de la novela *La aritmética en el amor* ha sido concebido para hacer patente esa gran verdad. Sin recurrir a sermones indigestos, el autor relatando, simplemente, una fábula bien combinada, hace visible, por decirlo así, la vileza de los que todo lo sacrifican a la satisfacción de la vanidad, de la codicia, del egoísmo brutal para expresarlo todo con una palabra. Su brillante ficción debe causar en los egoístas el mismo efecto que un espejo puesto delante de una persona fea, que por no haberse visto antes, ignoraba lo repugnante de sus facciones.

De la exposición que acabamos de hacer, resulta que las novelas *Judith* y *La aritmética en el amor* son trabajos que honran a sus autores, pero que la segunda es de un mérito sumamente sobresaliente y muy acreedora al premio ofrecido por la Facultad.

Debemos decir, en conclusión, para hacer un análisis completo de las dos obras presentadas al certamen, que el lenguaje de *Judith* es descuidado y que habríamos querido encontrar en el de *La aritmética en el amor* esa corrección elegante, esa gracia peculiar de los buenos hablistas castellanos.—Santiago, noviembre 2 de 1860.—José Victorino Lastarria.—Miguel Luis Amundtegui.

III

Blest Gana entra a la Facultad

No cabe negar que el triunfo obtenido por Blest Gana con *La aritmética en el amor* le abrió las puertas de la Universidad de Chile, a la que entró como miembro académico muy pocos días después de haber recibido el premio por su novela. El acta de la sesión de 6 de diciembre de 1860 contiene dos informaciones que nos interesan:

la primera es la nómina de los individuos que habían sido señalados a la Facultad, en fechas recientes, para que llenaran las vacantes que se produjeran en el número de la misma; la segunda es la elección de Blest Gana. La nómina referida contiene todos los siguientes nombres:

Ventura Marín
Alberto Blest Gana
Demetrio Rodríguez Peña
Domingo Tagle
Adolfo Fabry
Bernardo Lira
Miguel Cruchaga
Joaquín Larraín Gandarillas
José Ramón Saavedra
Guillermo Matta
Benjamín Vicuña Mackenna
Jacinto Chacón
José Antonio Torres
Manuel Blanco Cuartín
Ignacio Zenteno
Francisco Solano Astaburuaga
Manuel Irarrázaval y Gandarillas

En lo que se refiere a la elección de Blest Gana, el acta contiene los siguientes pormenores:

En seguida, para llenar la vacante del finado miembro don Juan Bello, se procedió a las votaciones, y se practicaron tres sucesivamente. De la primera resultaron cuatro votos por don Alberto Blest, dos por don José Ramón Saavedra, y uno por cada uno de los señores don Guillermo Matta y don Benjamín Vicuña Mackenna. No habiendo la mayoría que la ley exige en estos casos, se practicó la segunda votación; y de ella resultaron cinco votos por el señor Blest, dos por el señor Saavedra y uno en blanco. Subsistiendo en ésta el mismo inconveniente que en la primera, se practicó la tercera votación. De ella resultaron, entonces, un voto en blanco y los siete restantes por el señor Blest; por consiguiente, se proclamó éste debidamente electo.

Finalmente, en la sesión de 3 de enero de 1861, el novelista premiado por *La aritmética en el amor* y elegido miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades, se incorporó tal como dice en el acta de la sesión:

En seguida, el mismo señor decano dijo que el objeto con que la Facultad había sido convocada, era oír el discurso de don Alberto Blest Gana, y que desde luego podía proceder a su lectura. Así lo hizo, en efecto; y concluida

dicha lectura el señor decano y los miembros aplaudieron al señor Blest por el buen desempeño de su discurso, el cual llevaba por título *Algunas consideraciones sobre la literatura nacional* y contenía, además, una exacta biografía de su predecesor, el señor don Juan Bello.

IV

El discurso de Blest Gana

Para incorporarse en la Facultad de Filosofía y Humanidades el novelista compuso un discurso que es en realidad un vasto y comprensivo programa de su labor. Entendiéndolo así, lo citamos y comentamos en nuestra obra sobre Blest Gana (1941), y en seguida lo reproducimos en *El jefe de la familia*, compilación de diversos escritos dispersos de Blest Gana, donde se leen los artículos de costumbres y su pieza dramática, que es por lo demás la que da título al volumen (1957). Por el interés que reviste en estos momentos, debe también concedérsele espacio en esta recopilación de antecedentes. He aquí su texto:

Señores:

Al manifestaros mi agradecimiento por el honor que me habéis dispensado, otorgándome vuestros sufragios para ocupar un lugar entre vosotros, tócame el deber de llamar vuestra atención sobre la memoria del distinguido literato, cuya prematura muerte, por todos justamente sentida, deja un puesto vacío en este recinto, arrebatada a la patria las justificadas esperanzas que cifrara en él, a las letras uno de sus esclarecidos representantes y cubre de luto el corazón de sus deudos y amigos numerosos. Cumpliré este deber con tanta mayor satisfacción, cuanto que la pérdida de don Juan Bello, que todos deploramos, no es sólo la del hijo para unos, del amigo querido para otros, de la inteligencia tronchada en flor para la patria, sino que es la desaparición de un miembro de una familia que, ilustrada por el padre, parecía llamada por sus talentos a perpetuar la herencia de tan precioso legado. Y si las palabras de consuelo son casi estériles para mitigar los grandes dolores, debe, sin duda, aliviarlos en parte el ver que el sentimiento unánime tributa merecida justicia a las prendas que adornaron al hijo, proclamándole digno de la ilustración del nombre que llevaba.

El ameno campo de las letras no ha contado hasta el día entre nosotros muy decididos cultivadores, y, por ventura, no será inoficioso investigar aquí las causas de fenómeno tan conocido y, no titubearemos en decirlo, lamentable.

Chile, como asimismo las demás naciones de la América meridional, recibe el producto de los progresos del Viejo Mundo, sin haber contribuido, por su parte, fuera de muy raros ejemplos, al incesante trabajo de los antiguos pueblos en la obra de la civilización. Artes, literatura, comercio, industria, todo nos viene elaborado ya de Europa; todo se aclimata entre nosotros, casi sin modificación, a medida que nuestras necesidades se aumentan; todo satisfac-

ce también esas necesidades y estrecha el campo en que pudiera explayarse la actividad nacional. Si a esta poderosa circunstancia agregamos lo improductivo de las tareas literarias, en una época que se distingue por el materialismo; la falta de estímulo que hasta el día han encontrado las letras; lo reducido de la parte ilustrada de nuestra población, y el desaliento, finalmente, que infunde al escritor la perspectiva de encontrar más críticos para sus obras, por ignorancia intolerantes, que jueces equitativos por sus luces y competencia, se vendrá en cuenta con facilidad de los escasos frutos que ha rendido hasta el presente la literatura nacional.

Para luchar contra tan serios obstáculos, no basta la fe en el porvenir, que tan nobles aspiraciones engendra, ni la voluntad decidida de consagración al trabajo, ni tampoco el buen deseo de llevar al edificio del común engrandecimiento el contingente de sus fuerzas. Necesítase, ante todo, de hallarse dotado por el cielo de una afición innata al cultivo de la inteligencia, afición que no busca su apoyo en los deslumbrantes resplandores de la gloria, sino que existe por sí misma, se aumenta por el estudio, alienta al espíritu y parece formar parte de la organización moral del individuo.

Don Juan Bello nació con la inteligencia que podía salvar los impedimentos que hemos mencionado y con la suficiente energía en el alma para despreciarlos: tenía la afición de que hablamos.

Despréndese esta idea de la actividad con que el joven Bello buscó desde temprano un desahogo a esa innata afición en el comercio de las musas, en un tiempo en que las obras del ingenio no alcanzaban, ni con mucho, el escaso favor que el público les dispensa en el presente. La indiferencia de los contemporáneos puede ser como el viento del invierno que hiela las flores al nacer, para ciertos espíritus demasiado tímidos y desconfiados de sus fuerzas; mas, no para los que llevan en su pecho una parte de ese fuego sagrado que llaman inspiración. Así fue que don Juan Bello, menospreciando esa indiferencia y la punzante crítica con que algunos Aristarcos de entonces quisieron sofocar a la naciente generación literaria que con él se levantaba, aplicó su laboriosidad al estudio de los buenos maestros y a la composición de trabajos serios que le granjearon general aprobación. Porque no fueron las musas las únicas que dieron sustento a su numen y abrieron a su espíritu el espacio que buscaba para explayar sus inspiraciones. La arena agitada del periodismo le vio entre sus activos paladines; las vidas de O'Higgins y Balmaceda le inspiraron muchas de esas páginas notables con que las generaciones entusiastas enaltecen la memoria de los antepasados beneméritos; la historia moderna de Michelet fue vertida por él al idioma patrio, como también el curso de economía política escrito en francés por el distinguido profesor que regenta la cátedra de esta ciencia en el Instituto Nacional; el Foro y el Congreso oyeron, más de una vez, sus calurosos discursos, y casi todos los periódicos que se han publicado en Chile durante su vida registran, en sus columnas, apreciables trabajos debidos a su pluma. Tan prolija actividad constituye por sí sola un mérito indisputable, en un país en donde casi todo aficionado a las letras no puede consagrar a su cultivo más que sus momentos de ocio; y lo variado de esos trabajos prueba, además, que Bello poseía una educación extensa para alimentar el anhelo de su espíritu en esa peregrinación de su inteligencia por los diversos ramos del humano saber. La afición al estudio no está, por desgracia, bastante repartida en Chile, para que dejemos de citar esta última circunstancia como un honroso timbre de la reputación que don Juan Bello logró conquistarse. Son tan efímeros los bienes que la esmera,

da educación alcanza entre nosotros; tan pocos y disputados los honores del que al estudio se consagra; tan mezquino las más veces el fruto de sus afanes, que hay, sin duda, una energía digna de encomio en los que, como el joven Bello, se abren paso en tan áspera senda, contentándose con el aprecio de unos pocos y arrojando los solapados ataques de la envidia, que infunden desaliento en el alma y esterilizan el noble entusiasmo de muchas aventajadas inteligencias.

Las proporciones a que debemos sujetar este discurso no nos permiten emitir un juicio crítico circunstanciado sobre los trabajos de don Juan Bello, que, desde el año de 1842, principió sus ensayos literarios en *El Progreso*, con otros jóvenes, de los cuales algunos obtuvieron más tarde una honrosa reputación en la República de las letras. La inspiración poética fue la primera que se desarrolló en el joven Bello, que desde esa fecha dio a luz varias composiciones sueltas. En todas ellas resalta la influencia de la escuela romántica muy en boga por aquellos años. El trabajo de mayor extensión que entonces produjo su pluma fue una leyenda social, titulada *Elena y Eduardo*, publicada en *El Crepúsculo*. Comparando esa leyenda y las composiciones sueltas citadas, con otra leyenda: *La espada de Felipe el Atrevido*, que dio a luz, en 1847, confesamos no haber encontrado los adelantos que en ese espacio de tiempo hubieran podido esperarse de las dotes intelectuales del autor, reveladas por otros trabajos en prosa. En los versos de Bello hallamos muchas veces falta de numen, demasiado énfasis y conceptos poco nuevos, expresados con el amaneramiento que se apoderó de casi todos los que a la sazón empezaron a cultivar la poesía. En pocas estrofas aparece la verdadera inspiración, a pesar del fuego de la juventud que abunda en ellos, y aún ese fuego se encuentra atenuado por el ropaje artificioso y poco natural de una versificación laboriosamente imitativa de los no irreprochables modelos que corrían en manos de la joven falange literaria a que él perteneció.

Los trabajos en prosa de Bello, por lo contrario, brillan siempre por cierta elegancia en la forma, mucho acierto de miras, facilidad y colorido descriptivos, profundidad de observación y varias otras cualidades que se aumentan en él a medida que avanza en estudio y en edad. Fuera de numerosos artículos de crítica literaria y científica, debidos a su pluma, en los que acredita tino y erudición; fuera de episodios novelescos publicados en folletines de periódicos, podemos citar en apoyo de nuestro juicio la biografía de don Bernardo O'Higgins, publicada en 1845 y algunos otros trabajos interesantes, cuyos títulos omitimos por evitar una larga nomenclatura. En esos trabajos campean las apreciaciones elevadas, los juicios históricos certeros e imparciales, la fluidez del lenguaje y la elevación del estilo adecuada al asunto que le ocupa. Varios de ellos pueden consultarse con provecho y son una elocuente muestra de los adelantos del autor en el estudio de las letras.

Uno de los trabajos más importantes que nos quedan de Bello son sus discursos parlamentarios, especialmente los pronunciados en 1850, cuando se discutía en la Cámara de Diputados el proyecto de ley de vinculaciones. Brillan en esos discursos las relevantes dotes exigidas al orador por los más afamados maestros desde Cicerón hasta Timón. Hay en ellos el calor que se comunica a la muchedumbre, la lógica que convence, las imágenes que despiertan el entusiasmo y arrancan los aplausos. Rebate don Juan Bello los argumentos de sus adversarios explayando sus razones con la infinita variedad de expresión que recomienda Villemain, multiplicándolas con talento, combinándolas con arte y oportunidad. En esos largos discursos no hay un

solo trozo en que el interés decaiga: la parte legal, que apela al fallo del raciocinio, y la parte figurada, que se dirige a la imaginación, tienen igual interés, igual abundancia y perfección igual. Hay en ellos rasgos que recuerdan los mejores tiempos de la oratoria inglesa y francesa, que son las que nos presentan los más acabados modelos de ese género que mejor pueden adaptarse a nuestros usos y modo de discutir, y hallamos al meditarlos sobrado justa la nombradía que dieron a don Juan Bello como orador parlamentario.

Tanto en las composiciones poéticas cuanto en las demás en prosa, y en estos discursos, nótese, sobre todo, la vigorosa generosidad de la juventud y el fuego del noble entusiasmo con que don Juan Bello abrazaba siempre la defensa de sus principios. Agréguese a estas cualidades, siempre simpáticas, las prendas naturales del autor: belleza física, juventud, carácter expansivo y amistoso, índole fácil y distinguidas maneras, y se comprenderá al instante cómo don Juan Bello ocupará siempre un lugar en los recuerdos de sus amigos y un puesto distinguido en los anales parlamentarios y literarios de nuestro país.

La ligera idea que hemos dado de las más importantes producciones de este malogrado joven, nos induce, naturalmente, a emitir algunas consideraciones sobre la literatura nacional, ya que su saludable espíritu literario parece despertarse en la presente generación.

Recomendables, por muchos conceptos, son algunos de los trabajos de ingenios chilenos que han visto luz pública durante los últimos años y merecen llamar la atención de los hombres pensadores sobre el porvenir literario reservado a nuestro país. Debemos, ante todo, establecer con satisfacción el hecho de que Chile puede tener una literatura propia, que corresponda a los progresos en cuya vía se encuentra lanzado y que contribuirá poderosamente a impulsarle en esa senda de lisonjeros adelantos. Bastan para confirmar este aserto las obras que hemos citado, las que abrazan, aunque en pequeña escala, todos los ramos que constituyen la literatura de las naciones. El aumento de los trabajos históricos, las inspiraciones de las poesías, del drama, de la novela, la intervención de una crítica juiciosa y erudita en materia literaria, manifiestan que las letras nacionales, dejando la pasiva imitación propia de toda clase de infancias, asume el papel del adulto que principia a sentir que puede guiarse por sus propias ideas y observar los fenómenos que a su vista se presentan con los ojos de su criterio.

¿Han cumplido estas diversas obras con las condiciones necesarias para libertarse del olvido? ¿Poseen una índole especial que designe la marcha que deben emprender las futuras generaciones para continuar la obra de nuestra civilización? He aquí dos preguntas que no podemos explicar afirmativamente, sin embargo, que no ignoramos el mérito que adorna a varias de las obras que nos ocupan.

Temerario, además, sería el pedir al arte que inicia su carrera, las perfecciones del que cuenta largos años en el ejercicio de los buenos principios, cuando vemos que la vida literaria de los pueblos está sujeta a las mismas vicisitudes de su existencia política y social. Mas, es lícito, sí, manifestar el deseo de que en trabajos destinados a ser la base sobre que más tarde se levante el edificio de una de nuestras glorias, se cumpla con los requisitos indispensables para salvar las obras humanas de una ominosa indiferencia y que infunden un verdadero aprecio entre los estudiosos.

Dejando a un lado las obras históricas publicadas en los años que acaban de pasar y que, sin duda, son verdaderos títulos que empeñan el agradeci-

miento nacional, quisiéramos ver que la poesía y la novela revistiesen el ropaje de la originalidad, al propio tiempo que buscasen su inspiración en el estudio de los numerosos y acabados modelos de la literatura antigua y moderna que la Europa nos ofrece. Un crítico juicioso y muy versado en los autores de mayor nombradía, Gustave Planche, ha emitido ya esta idea al tratar de la literatura francesa, y creemos que la misma proposición puede hacerse extensiva a las obras literarias de todos los países. Como él, quisiéramos que nuestra literatura fuera, si es permitido decirlo, ecléctica, y que al beber su inspiración en el fecundo manantial de un estudio hecho con discernimiento, buscase a la luz de ese estudio el camino de la filosofía, única base segura para afianzar la duración de toda tarea intelectual.

A la adopción de este método han debido su lustre y su renombre las más acabadas obras del ingenio que la justa admiración de las generaciones pasadas ha transmitido a la nuestra como modelos del arte. La época de los sistemas exclusivos, conocidos con el nombre de escuelas, ha pasado ya, y el criterio del día admira con igual entusiasmo las bellezas que lucen en una obra clásica vaciada en el molde de invariables preceptos, y las que engalanan a las llamadas románticas, que rompieron, acaso con demasiada audacia, esos preceptos, que sin duda oponían serias trabas a la expansiva tendencia de la imaginación.

Amortiguado el fuego de los prosélitos, la fría razón debía, naturalmente, hacer justicia al verdadero mérito. La misión, pues, del literato que aspira a ocupar un puesto honroso en la historia, consiste en sacar partido de los esfuerzos que le han precedido, aplicándolos a la indagación de la verdad filosófica. Sin este fin, creemos incompleta cualquiera obra literaria, aunque por su forma o por su estilo consiga atraerse el aura de una popularidad inmediata. Los aplausos arrancados por un hermoso traje no deben ser los más envidiables ni son, por cierto, los más duraderos. Si por largos años y en todos los países, las letras han sobrellevado el epíteto de frívolas, el ilustrado espíritu del siglo las ha lavado de afrenta tan injusta y asignándoles un elevado puesto entre los más activos agentes del adelantamiento de los pueblos. Las letras deben, por consiguiente, llenar con escrupulosidad su tarea civilizadora y esmerarse por revestir de sus galas seductoras a las verdades que puedan fructificar con provecho de la humanidad. Asumiendo esta elevada misión, nuestra literatura cumplirá con el deber que su naturaleza le impone y prestará verdaderos servicios a la causa del progreso. El estudio del corazón humano es reputado como un manantial inagotable de provechosa observación y como fuente de saludables lecciones, que el escritor concienzudo puede transmitir a sus lectores, ya sea por medio de la pintura de cuadros históricos, elegidos con juicioso tino, ya por el auxilio de la ficción que fácilmente se presta al servicio de las buenas ideas: en ese estudio, debe, a nuestro dictamen, buscar el literato la base de sus tareas; a ese fin deben conspirar sus desvelos y sus facultades; en ese campo debe emplear el vigor de su inteligencia y la inventiva de su numen, como que, sin duda, es el más noble y provechoso objeto de las letras.

Veamos ahora hasta qué punto la poesía ha desempeñado en Chile su misión y lo que parece útil para encaminarla hacia el cumplimiento de sus destinos.

La minuciosa análisis de las obras poéticas que gozan de mayor reputación entre nosotros, hijas de vates nacionales, nos haría traspasar los límites de un trabajo como el presente y podemos renunciar a ella por esta causa, sin me-

noscabar la verdad de las observaciones generales que nos proponemos apuntar.

Creemos ya resuelta la cuestión suscitada, no ha muchos años, acerca de las facultades de los chilenos para el cultivo de la poesía. Las obras que nuestra estampa ha dado a luz desde que esa cuestión fue promovida, son otros tantos elocuentes ejemplos que desvanecen hasta la más escrupulosa duda sobre esta materia. Por desgracia, los que han alzado el pendón de la victoria y manifestado que las musas pueden dispensar a nuestra patria los beneficios de su comercio, arrastrados, principalmente, por el genio de la poesía contemporánea y alucinados con el prestigio de su popularidad, se han dirigido casi todos por la misma senda y olvidado las anchas vías que pudieran conducirles a campos tan fecundos, como el que han explotado y más abundante en novedades, por ser menos trillado el espacio que ofrecen a la imaginación.

La poesía chilena ha sido hasta hoy esencialmente sentimental: ha buscado su principal inspiración en los dolores del alma que, si es cierto que abundan en la tierra, no constituyen el estado normal del hombre; ha vertido demasiadas lágrimas para que la expresión de una melancolía perenne pueda conmover; ha tocado con demasiada frecuencia las fibras del corazón, para que haya podido conservar la exquisita sensibilidad de sus sentimientos. Siendo, pues, el plañidero acento que resuena en las obras de Byron y en las de sus numerosos émulos, lo que forma el rasgo más característico de nuestra poesía, fácil es concebir su falta de originalidad y el poco interés que despierta en los que quisieran verla remontar su vuelo a más elevadas regiones. Imbuida del estrecho personalismo en que la poesía sentimental se ha complacido con exagerada prolijidad y tomando acaso por una nueva forma del arte lo que tantos poetas de pasados siglos habían ya consagrado en sus estrofas, la poesía chilena ha dejado muy pocas veces ese limitado campo y producido algunas leyendas que merecen reputarse como ensayos felices en su género. Sobre estos ensayos puede, con fundamento, cifrarse la esperanza de gloriosos días para la poesía nacional, a la que pediríamos, para su bien, que arrojase cuanto antes la egoísta capa del personalismo y buscase su inspiración en el estudio de la naturaleza, en el del hombre colectivamente considerado, y que cante las glorias del pasado, las alegrías o tristezas del presente y las esperanzas del porvenir, acordándose lo menos posible de sus propios sufrimientos morales. Porque los que se consagran a las letras no deben olvidar que el hombre que se encierra en la contemplación de sí mismo, que aplica la psicología a sus sensaciones aisladas, que limita su vista al mezquino horizonte de su propia vida, no llega jamás a la elevación de ideas del que, en el estudio de la historia, en la observación de la sociedad, aplica su talento al desenvolvimiento de ideas que, interesando a los demás, presten otro servicio que el de un entretenimiento fugaz. Puede muy bien alcanzar pasajera fama el poeta que sólo pinta sus dolores; mas, el que en un cuadro histórico, o de pura ficción, da el colorido del arte que cultiva a escenas de algún interés, dejará en el ánimo del lector más agradable impresión y habrá prestado a la cultura del espíritu más señalado servicio.

Un campo tan vasto como la poesía se presenta a los que quieran ocuparse de la novela, y sólo podemos darnos cuenta de la poca consagración que los literatos chilenos han dedicado a su cultivo, cuando pensamos en las dificultades de su ejecución, comparada con la de las poesías sueltas que hasta hoy, con pocas excepciones, ha sido el producto de la poesía nacional. La novela,

con efecto, cuenta entre la generalidad de los lectores con un número mucho mayor de aficionados que la poesía, porque la primera está al alcance de todos, mientras que para gustar de la segunda, se ha menester de un espíritu más connaturalizado con los preceptos del arte. El estudioso y el que no lo es, el viejo y el joven, la madre de familia y la niña que se halla por su edad bajo el dulce y absoluto imperio de las ilusiones, todas las clases sociales, todos los gustos, cada uno de los peculiares estados en que las vicisitudes de la vida colocan al hombre, encontrarán en la novela un grato solaz, un descanso a las diarias tareas, un alimento a la expansión del pecho, algo, en fin, que contente el espíritu, halague el corazón o alivie el ánimo de sus afanosas preocupaciones. Mientras que la poesía conserva siempre para el vulgo la apariencia de los antiguos ídolos, cuyo lenguaje era comprensible únicamente para los sacerdotes del culto pagano, la novela, por el contrario, tiene un especial encanto para toda clase de inteligencias, habla el lenguaje de todos, pinta cuadros que cada cual puede, a su manera, comprender y aplicar, y lleva la civilización hasta las clases menos cultas de la sociedad, por el atractivo de escenas de la vida ordinaria contadas en un lenguaje fácil y sencillo. Su popularidad, por consiguiente, puede ser inmensa, su utilidad incontestable, sus medios de acción muy varios y extensísimo el campo de sus inspiraciones. Harto sensible nos parece, pues, que un ramo de amena literatura, que cuenta con tan brillantes promesas de buen éxito, no haya encontrado en Chile sino pocos aficionados, y reconocemos como causa principal de este fenómeno, además de las dificultades que ofrece la ejecución de obras de esta clase, el natural desaliento que infunde la idea de luchar con la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores. Mas, a nuestro juicio, éste que hasta el día ha sido grave obstáculo para el adelantamiento de la novela nacional, debe, con atención examinado, considerarse más bien como un estímulo para los que se sientan inclinados a tan amena y útil ocupación, porque, si bien la no siempre acertada elección de los periódicos para sus folletines, la popularidad de ciertas novelas europeas de muy problemático valor, y la poca ilustración de la generalidad de los lectores, traen, hasta cierto punto, viciado el buen gusto y subvertidos los sanos principios que deben presidir en la ejecución de la novela, puede sentarse el importante aserto de que la afición a la lectura ha ganado inmenso terreno en Chile desde algunos años a esta parte.

Admitido, como no puede dejarlo de ser, este precedente, que gustosos calificamos de feliz, la tarea del novelista cuenta ya con apoyo eficaz, puesto que encuentra preparado el terreno en donde va a arrojar la simiente de su ingenio, al ofrecer sus obras a un público que, si en parte ha viciado su gusto, como dijimos, posee, no obstante, un criterio ejercitado por la lectura y un gusto contraído de antemano por tan saludable pasatiempo. Las críticas apasionadas e injustas de los que no quieren convenir en tener compatriotas capaces de algo; el dogmático y vano estiramiento de tantos que condenan a la novela como una lectura demasiado trivial para sus presuntuosas inteligencias; la maledicencia de algunos que desprecian este linaje de obras por considerarse demasiado aptos para escribirlas el día que tengan el humor y la voluntad de ponerse a ello, no deben jamás intimidar al escritor, ni infundirle ese desaliento endémico de nuestra raza, que siempre hace divisar en toda empresa la magnitud de los obstáculos y no los beneficios de la realización. El que se siente con fuerzas, el que mira más allá del estrecho

recinto de una población, el que hace del estudio una ocupación seria y tiene por la gloria el noble anhelo, digno tan sólo de las nobles almas, debe seguir adelante, que éste es el lema de la humanidad; estudiar con tesón, que el estudio será la base de su triunfo, y poner manos a la obra, desdeñando en su labor la impotente valla de rastreras preocupaciones. "Libertaos del olvido los que sustentáis en vuestro espíritu algo más que la estrecha noción de un aislado presente", ha dicho una célebre novelista moderna, y éste es un consejo que nuestros escritores no deben perder de vista cuando el desaliento amenace cegar en ellos la fuente del entusiasmo: viene de espíritu ilustrado y merece consideración, viene de una mujer y es, por consiguiente, una voz de consuelo y un presagio de remuneración futura.

En Chile no ha predominado hasta hoy ningún género especial de novela, porque, como dijimos, es el ramo literario que menos discípulos cuenta. Sin duda alguna, tanto la novela histórica cuanto la de costumbres y la fantástica pueden prestar eminentes servicios a las letras nacionales y segar lauros envidiables. El acierto en el desempeño decidirá del éxito y no el género o escuela a que pertenezcan: giran todas ellas en el dominio de la ficción y disponen de variados medios para interesar y para instruir. Pero creemos que, consultando el espíritu de la época y la marcha de la literatura europea durante los últimos treinta años, la novela que está llamada a conservar por mucho tiempo la palma de la supremacía es la de costumbres. Con efecto, la novela histórica, revestida de poéticas galas por Walter Scott, ha sufrido, desde entonces, notables, pero poco acertadas modificaciones, en manos de los escritores del día, y ni aún conservando el carácter que el ilustre escritor escocés le diera en sus inmortales trabajos, la popularidad inmensa que con sobrada justicia alcanzaron y aún conservan, puede decirse que salva la esfera que habita la gente de esmerada educación. Mas, al lado de ésta vive y se agita, así en el nuestro como en todo país civilizado, una parte de población infinitamente mayor que esa otra, que necesita de la lectura para descansar del trabajo; que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura, y que ha menester para nutrir su espíritu de un alimento más sencillo del que aquellos preciosos modelos del arte le presentan. Las obras que, sin descuidar la forma ni atropellar el buen gusto, dirijan sus esfuerzos a satisfacer las necesidades de esta gran mayoría de toda población, serán, sin duda, las que más auge obtengan y también más duradera fama. Para llenar las condiciones que anunciamos, sin disputa la novela de costumbres es la más adecuada. Por la pintura de cuadros sociales llamará la atención de todos los lectores; por sus observaciones y la filosofía de su estudio, adquirirá las simpatías de los pensadores, y por las combinaciones infinitas que caben en su extenso cuadro despertará el interés de los numerosos amigos del movimiento y de la intriga. Su influencia en el mejoramiento social es, al propio tiempo, más directa también que la que los otros géneros de novela pueden ejercer, puesto que en su esfera se discuten los más palpitantes intereses sociales; que el escritor puede combatir los vicios de su época con el vivo colorido que resalta en el diseño de cuadros de actualidad y encomiar, por medio de otros de igual naturaleza, las virtudes cuya imagen importa siempre presentar al lector en contraposición de las flaquezas humanas. Además de tan importantes circunstancias, la parte descriptiva, que a los ojos del vulgo debilita el interés de la narración, cuenta la novela de costumbres con elementos que, lejos de minorar las condiciones de su éxito, añaden un nuevo aliciente a sus escenas, por el color

local con que las reviste y los contrastes de que el autor puede sacar partido, a fin de impresionar la mente del lector con pinceladas que den a su ficción el sabor de la realidad.

Contando, pues, la novela de costumbres con las relevantes prendas que dejamos apuntadas, el objeto de esta disertación nos conduce a preguntarnos si este género literario puede adquirir entre nosotros un carácter verdaderamente nacional. A mi entender, los tiempos que alcanzamos son muy a propósito para contestar a esa pregunta con la afirmativa. Nuestras costumbres tienen un sello peculiar que las distingue y forman un fecundo manantial para el hombre de observación. El contacto de la gente europea, el estudio de su literatura, la influencia de su comercio, la facilidad de los viajes al Viejo Mundo y lo repetido de las comunicaciones que con él mantenemos, han operado una revolución radical en nuestros hábitos, mientras que aún se conservan en varias esferas de la sociedad notables vestigios de las costumbres del coloniaje. Vivimos en una época de transición, y del contraste que resulta de este estado excepcional de nuestra sociedad, nacen variedad de tipos, multitud de escenas, que el novelista de costumbres puede aprovechar si posee las facultades de observación que debe tener para sacar partido de los hechos que acaecen a su alrededor, de la fisonomía especial de nuestra sociedad, y hacerlos servir a los altos fines que a la literatura bien entendida le cumple realizar. Las dificultades que ofrece lo reducido de nuestras poblaciones son, sin duda, un impedimento contra el cual puede estrellarse muchas veces la imaginación del escritor; pero no es tan insuperable que no pueda vencerse, tratando de buscar los incidentes novelescos en medio de las escenas naturales de nuestra vida, pues creemos que la pintura de incidentes verosímiles y que no tengan nada de extraordinario, puede, si el colorido es vivo y verdadero, interesar al lector tanto como los hechos descomunales con que muchos novelistas modernos han viciado el gusto de los poco letrados. Las obras de novelistas contemporáneos de Inglaterra, de Francia, de Alemania y aun de España, cuyas letras han principiado a renacer, confirman nuestra opinión y manifiestan que la vida, tomada en sus verdaderas y reales proporciones, tiene también su lado poético, además de las fecundas lecciones que el fisiologista moral puede deducir y popularizar por medio de su fiel retrato, engalanado con los atractivos de novelescas combinaciones. Estudiando, pues, nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales, caracterizando los tipos creados por esas costumbres y combinándolos, a fin de ofrecer una imagen perfecta de la época con sus peculiaridades características, la novela no puede dejar de ser esencialmente nacional, según el mayor o menor acierto de los que a ella consagran sus esfuerzos.

Existe sí un obstáculo más serio que el mencionado, para el novelista de costumbres, que debe particularmente despertar el interés del lector con hechos de la vida ordinaria. Este consiste en el respeto a la moralidad, que ningún escritor puede olvidar sin desvirtuar su misión y sin exponerse a la justa censura de la crítica y al desprecio de los que le lean.

Y llamamos éste un obstáculo, porque algunos críticos comprenden bajo un mismo anatema, tanto a la injustificable licenciosa pintura de escenas sin decoro, cuanto a la de ciertos extravíos humanos que no pueden dejar de figurar en obras destinadas a la descripción social. El deber del novelista en este caso no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral. Si por un temor

irreflexivo se ciñere a lo primero, no habría pintado las costumbres, porque no existe sociedad humana en la que no corran parejos los vicios y las virtudes confundidos; en hacer resaltar la fealdad de aquéllos está el deber y no en callarlos, y para esto las segundas le ofrecen un poderoso auxiliar. No ignoramos que esta clase de libros cae en manos de personas de inexperiencia y candor, cuyo espíritu recibe con su lectura muchas veces una impresión decisiva. La novela, encerrada en los límites que acabamos de trazar, lejos de ser un disolvente de las buenas costumbres, puede dar muy ventajosas lecciones a esos espíritus inexpertos, que llegan a la adolescencia sin idea ninguna de los contrastes que en el mundo les aguardan. La pintura de una sociedad perfecta, por otra parte, sería una ficción que pugnaría con los principios literarios, cuyas bases más sólidas reposan sobre el estudio de la verdad. Es cierto que esta verdad no es la descarnada y fría que algunos autores europeos han puesto a los ojos del lector con lamentable olvido del buen gusto; ni mucho menos la que otros, con insolente cinismo, han descrito, valiéndose de las más pronunciadas formas de la licencia; pero sí la verdad que se deduce de la investigación artística de los hechos sociales, en los que casi nunca faltan hermosas y sublimes virtudes que parecerán tanto más dignas de imitación, cuanto mayor sea la sagacidad del autor para fijar el relieve de los contrastes. De este modo el novelista no se verá encerrado en los estrechos límites de un hogar doméstico donde sólo impere la moralidad, en el retrato de ciertos tipos perfectos, cuya perfección misma palidecerá por falta de comparación; tendrá por teatro a la sociedad entera con sus incesantes vaivenes, con su egoísmo y su desprendimiento, con su lealtad y su perfidia, y sus personajes figurarán en una escena más vasta, más idónea para el estudio social que se propone y más fecunda también en útiles deducciones, porque será más verdadera.

Al manifestar predilección por la novela de costumbres, estamos muy lejos de atribuir menos mérito a la histórica y de creer que su cultivo sea en Chile de menos utilidad social y literaria. No somos de los que juzgamos a nuestra historia tan destituida de animación, que el novelista no pueda encontrar en su lectura abundantes materiales propios para bordar sobre ellos agradables ficciones. Sin remontarnos al eterno batallar de la conquista, encontramos en los fastos de la guerra de la independencia variadas e interesantes peripecias, heroicas acciones, escenas animadas, que el novelista puede combinar con felicidad para la ejecución de animadísimas novelas, y hacemos votos porque de esta verdad se penetren muchos que malbaratan sus fuerzas en obras fugaces, cuando en este terreno podrían, con aplicación y estudio, captarse el aprecio de los inteligentes.

No pensamos lo mismo respecto de la novela o cuento fantástico que en Europa ha tenido su época de gran boga en ciertos países. Para el éxito de este género de obras nos faltan las antiguas y poéticas tradiciones que abundan en muchas comarcas del Viejo Mundo, fuente preciosa para esta clase de fantasías; fáltanos también el gusto, que no ha podido formarse entre nosotros, acaso porque la índole de nuestra raza no se acomoda a ellas o porque su lectura no se ha popularizado como la de los otros géneros, por ser el número de novelas fantásticas infinitamente más pequeño que el de las pertenecientes a aquéllos. El hecho es que en nuestros anales literarios,

fuera de un ensayo reciente y que más bien puede considerarse como una novela política¹, el género fantástico no cuenta con ningún representante.

Réstanos hablar, para complemento del ligero estudio literario que vamos bosquejando, de las obras de crítica literaria.

Algunos escritores se han ensayado ya en esta materia con bastante acierto entre nosotros y hacen presagiar muy buenos días para este importante ramo literario. Si, como con sobrada justicia se dice, no puede haber buen sistema parlamentario sin oposición, tampoco puede haber buena literatura en un país sin la intervención de la crítica. Y las condiciones que hacen recomendable a la primera, cuadran también a las obras destinadas al análisis literario. Debe ser equitativa, desapasionada y justiciera, y la imparcialidad ha de servirle siempre de norte en la defensa de los sanos principios colocados bajo su égida. Sin la intervención de la crítica, gran riesgo correrían de abandonar la senda del buen gusto los que se consagran a las letras, porque llevados a veces de un natural deseo de innovación, en busca del luminoso meteoro de la originalidad, se exponen con frecuencia al olvido de preceptos capitales que en toda literatura existen como bases inalterables. La crítica debe, pues, mostrar siempre la verdadera senda, atacar sin acrimonia los desaciertos, popularizar las buenas doctrinas y defender su causa siempre con razonamientos estudiados y poderosos, sin dejarse arrastrar por la pasión, para no infundir desaliento a los que se presentan en la arena de la publicidad. De este modo su misión es importantísima, porque servirá de intermediaria entre el autor y el público, cuyo juicio puede fácilmente extrañarse, ora sea por el prestigio de un nombre, al pronunciar un fallo de aprobación, ora por la oscuridad de otro, al condenarle injustamente al olvido. Fácil es colegir de aquí que el crítico debe poseer un juicio recto, delicado criterio y vasta erudición; sin estas cualidades, su intervención puede ser perniciosa y no merece el elevado ministerio que pretende arrogarse.

La ligera ojeada que hemos dado sobre nuestra literatura nos hace concebir lisonjeras esperanzas para lo futuro, ya que la riqueza del presente no puede satisfacernos. ¡Ojalá que estas esperanzas se cumplan! Es un voto que creemos más oportuno en este recinto que en ninguna otra parte, puesto que el distinguido cuerpo que aquí se reúne es el que más eficazmente puede contribuir a su realización.

¹*Don Guillermo*, obra de José Victorino Lastarria. N. del E.